

tros las noches y que había vivido en Viena, decía que yo la recordaba a Fanny Essler. «Isadora será una segunda Fanny Essler», solía exclamar, y alentaba así mis sueños ambiciosos. Recomendó a mi madre que me llevara a un famoso profesor de baile de San Francisco, pero las lecciones de este profesor no me agradaron. Cuando el maestro me decía que me sostuviera sobre la punta de los pies, yo le preguntaba por qué, y cuando él me replicaba: «Porque es bello», yo le decía que era feo y antinatural. Hasta que, a la tercera lección, tuve que dejar su clase, para no volver más. La gimnasia rígida y vulgar que, según el tal profesor, era la danza, venía a destruir mis sueños. Porque yo soñaba con una danza completamente distinta. No sabría lo que habría de ser mi danza, pero yo sentía que iba avanzando por un mundo invisible, donde preveía que llegaría a entrar si encontraba la clave. Mi arte ya estaba en mí, cuando era niña, y si no quedó ahogado fué gracias al espíritu heroico y aventurero de mi madre. Estoy convencida de todo lo que un hombre hace en la vida empieza cuando es muy niño. Hay muy pocos padres que comprenden que la llamada educación conduce a sus hijos a la vulgaridad y les impide hacer algo bello y original. Pero también creo que las cosas deben ser como son, porqué, ¿de donde, si no, íbamos a extraer los millares y millares de horterías y dependientes de banca que requieren la organización de la vida civilizada?

Mi madre tenía cuatro hijos. Empleando un sistema coercitivo de educación, hubiera acaso hecho de nosotros

unos ciudadanos prácticos. A veces se lamentaba ella misma: «¿Por qué han de ser los cuatro artistas, y ninguno hombre práctico?» Y era su espíritu, su propio espíritu de actividad y de belleza, el que nos había hecho artistas a todos los hijos. Mi madre no se preocupaba por las cosas materiales, y nos enseñaba a despreciar, con finas burlas, la propiedad: casas, muebles y posesiones de todo género. Al ejemplo que me dio, debo el no haber llevado nunca una sola alhaja. Ella nos enseñó que todas esas cosas son obstáculos, y nada más que obstáculos.

Al dejar la escuela me convertí en una lectora infatigable. En Oakland, donde residíamos entonces, había una biblioteca pública, situada a varias millas de distancia, a pesar de lo cual iba yo y volvía diariamente, corriendo, danzando o brincando. La bibliotecaria era una mujer extraordinaria y bella, una poetisa de California, llamada Ida Coolbrith, que alentaba mi afición a la lectura, y cuando la pedía buenos libros se quedaba muy contenta. Tenía hermosísimos ojos, que brillaban de fuego y pasión. Más tarde supe que mi padre había estado muy enamorado de ella. Fue, evidentemente, la gran pasión de su vida y probablemente yo me sentía atraída hacia ella por el hilo invisible de la fatalidad.

En aquel tiempo leí todas las obras de Dickens, Tackeray y Shakespeare y millares de novelas, buenas y malas, libros inspirados y ramplones. Todo lo devoraba entonces. Solía pasar las noches en vela, leyendo hasta el alba, a la luz de velas que recogía durante el día.

Isadora Duncan

(Concluirá en la próxima entrega.)

Estampas

Pongámosle freno a la oratoria fácil

PARA la gente, el estudio es un sacrificio, y un sacrificio estéril. Nos referimos, desde luego, a lo único que puede tenerse en nuestro medio como una disciplina en el rumbo del estudio: la devoción por la lectura. En cuanto alguien busca libros—aunque sea como dice Brandes de los clásicos, en bibliotecas de ornamento, para servir de «testigos involuntarios de la falta de individualidad de su dueño»—le ve enseguida la gente el halo del estudio. La leyenda de ser estudioso rodea a todo aquel que apile libros en estantes bien pulidos. Y también la de ser un sacrificado. Y si con cierta habilidad se tiñe de misterio esa leyenda, crea ella un personaje nacional. El favorecido con el distinguo popular vivirá siempre entronizado como un monumento de la cultura patria.

Una de las formas más engañosas de esa leyenda es la del lenguaje. Los mentidos factores de cultura saben que ella tiene la virtud del sésamo. La gente llama a ese malabarismo del lenguaje «facilidad de palabra». Es una expresión justa que concreta el artificio. Contra

esa «facilidad de palabra» es urgente luchar. No para segar los personajes ya levantados, que ellos tendrán su ocaso, sino para impedir que cunda entre los jóvenes la leyenda. Ningún artificio debe recubrir la cultura de las vidas de juventud. El del lenguaje proviene del otro artificio, el de la carencia de estudio verdadero. Cada cual expresa lo que contiene.

A todos los hombres que en un país aspiran a formar juventudes ha horizado la «facilidad de palabra». Cuando leíamos los fecundos hechos de la vida de Licurgo, estábamos, como ahora junto al mar. Dimos con un pasaje admirable que volvemos a leer en voz alta mientras las aguas golpean contra la roca: «Era también una de las lecciones de los jóvenes enseñarlos a usar un lenguaje que tuviera cierta acrimonia mezclada con gracia, y que se hiciera muy notable por su concisión; porque con la moneda de hierro hizo Licurgo que en mucho peso tuviera poco valor, como hemos dicho; pero en cuanto a la moneda del lenguaje, por el contrario, quiso que en una dicción concisa y breve se encerrase

mucho sentido; formando con el mismo silencio a los jóvenes sentenciosos y muy discretos en dar respuestas; porque así como en los dados a los placeres el exceso hace que por lo común queden débiles y enervados para la procreación, de la misma manera el inmoderado hablar hace la dicción necia y vacía de sentido.»

El gobernante de la antigüedad vió con una claridad profunda el mal de una juventud «necia y vacía de sentido». No otra enseñanza buscamos en sus palabras los que queremos condenar en las juventudes de nuestro país el cultivo de la «facilidad de palabra.» ¿Con qué se hace más malabarismo que con el lenguaje? Y un país en donde sus hombres y sus mujeres se ejercitan en el «inmoderado hablar» va irremediabilmente al hoyo. Detrás de la dicción engañosa y relumbrante hay vaciedad. Por eso queremos que nuestros jóvenes comprendan cuán enorme es el mal que caería sobre su país si ellos, descuidando el verdadero amor por el estudio, se vuelven engraidos de la «facilidad de palabra.» A las juventudes les toca ser profundamente estudiosas. Una vez que hayan adquirido la disciplina, sentirán que el mundo debe conquistarse por caminos distintos a los de la sorpresa y la improvisación. Serán austeras como única forma de romper la costra de la charlatanería. Destruirán la leyenda creada por la gente de que es estudioso el que anda con libros y de que es sacrificado el que estudia.

Tenemos ante todo que ser veraces. Este principio es el que debe moldear nuestra conciencia. Cuando lo seamos, el lenguaje se nutrirá de la acrimonia y gracia reclamadas para el de la juventud espartana por Licurgo. No hablaremos sin que el pensamiento esté penetrando cada palabra. Adquiriremos así para la conversación cotidiana sentido y pudor. Y si alguna vez la voz tiene que adquirir magnitud, entonces hemos de estar seguros de que la elocuencia amanecerá recatada como a alumbrar un campo en donde el grano se ha podrido para fecundar la espiga. Pero hay que limpiar la vida de ripios. Pensar que al mundo hemos venido no a ser volatineros, sino a luchar contra la volatinería. No debe restarnos aspiraciones la letanía del vulgacho de que el estudio no trae provecho. No es posible inspirarse en «El Eclesiastés» para repetir que «el que añade sabiduría añade dolor,» si esa inspiración lo que quiere es aplanar la mente. Añadir sabiduría, toda la sabiduría que el estudio tenaz y consciente pueda despuntar sobre nuestra vida. Y añadir dolor, esto es, lucha perenne para que esa sabiduría moldee la conciencia de los pueblos. Es claro que el que levanta su entendimiento por encima de millares produce un abismo que lo llama y lo vocea. Toda elevación genera la atracción hacia abajo. Este el dolor de que habla la sabiduría bíblica. Pero el alma que conoce esas furias desatadas no capitula.

Las generaciones que se formen inspiradas en una disciplina severa de estudio le hacen el mayor bien a una patria. Como no simulan, son valientes y honradas. Todos los problemas los plantean en su realidad. Nunca serán generaciones